MADRID EN «FORTUNATA Y JACINTA» Y EN «LA LUCHA POR LA VIDA» DOS POSTURAS

POR

OLGA KATTAN

Galdós y Madrid

Viene considerándose *Fortunata y Jacinta* como la mejor novela de don Benito Pérez Galdós. Quizá sea el mejor producto artístico —en lo que a novela se refiere— del siglo XIX. La acción de esta extensa novela, publicada en 1886-1887, transcurre de 1870 a 1876, momentos de hervor político en España. Es la época isabelina, de la que —al decir de Correa Calderón— Galdós nos da «evocadores cuadros de costumbres» (1).

Madrid, cuando don Benito escribe *Fortunata y Jacinta,* gozaba ya de solera literaria. Carlos Clavería y Torrente Ballester (2) nos recuerdan en distintos estudios esta presencia de Madrid como tema literario. Quizá el precursor inmediato y de mayor influencia en Galdós fue Mesonero Romanos; a este respecto dice Correa Calderón: «La convivencia con Mesonero Romanos, tan fiel conocedor de la villa y corte y de sus mudanzas (...) le ayuda al logro de una interpretación cordial del viejo Madrid.» Añade: «el influjo de Mesonero y de su obra aparece patente en *Fortunata y Jacinta*» (3). No me es posible detenerme aquí en las convergencias y divergencias entre el costumbrismo y Galdós; remito a los inteligentes estudios de Fernández Montesinos y E. Correa (4). No obstante, quiero hacer notar que el «neocostumbrismo» galdosiano tiene una «funcionalidad» en la novela, cosa que nunca consiguió Mesonero, y además Galdós investiga el pasado; otro aspecto casi desconocido para el autor de las

(1) E. Correa Calderón: *Introducción al costumbrismo,* Aguilar, Madrid, 1959, p. XXXVIII.

(2) Carlos Calavería: «Significado de una trilogía», en *Indice,* enero-febrero, 1954, y G. Torrente Ballester: «La lucha por la vida», en *Vida y obra de Pío Baroja,* Arión, Madrid, 1961, p. 127.

(3) E. Correa Calderón: *Op. cit.,* p. XXXVIII.

(4) J. Fernández Montesinos: *Costumbrismo y novela,* Castalia, Madrid, y E. Correa: *Op. cit.*

Escenas matritenses. Según Fernández Montesinos (5), el costumbrismo de Galdós es «un costumbrismo histórico, cada vez más sociológico, y por ello indispensable a la gran novela».

Las raíces sicológicas del inmenso cariño que manifiesta don Benito hacia lo madrileño, tanto en su vida personal como en su obra literaria, hay que buscarlas por una parte en la historia de su niñez. Sabemos que su adaptación a la vida familiar dejó mucho que desear, oprimido por un exceso autoritarismo maternal y defraudado por experiencias escolares desafortunadas. Lo que su sensibilidad tuvo que sufrir en Las Palmas quedó —probablemente— asociado en su mente con este lugar, que inconscientemente pareció querer olvidar en lo sucesivo. Según Berkowitz (6), la influencia de su cuñada Magdalena corroborará esta actitud. Todo esto puede explicar la no aparición de la vida insular en su obra literaria, en oposición a la pródiga presencia de Madrid. Galdós—liberándose de la opresión de su tierra—llega a Madrid con deseos de «observarlo todo, enterarse y comprenderlo», (7) y por ello, según Sainz de Robles: «en *Fortunata y Jacinta,* Madrid, en muchas páginas, pasa a primer término, se le comprende protagonista». (8). En Madrid Galdós pudo respirar a sus anchas y buscar el camino para la afirmación de su personalidad. Pero es interesante hacer notar aquí que a pesar de que Galdós llegó a Madrid en unas condiciones muy propicias (el momento en que, acabado el veraneo, la ciudad comenzaba a animarse de nuevo), su primera impresión —al parecer— no fue muy satisfactoria:

> No tuvo la villa y corte mis simpatías —dirá por boca de uno de sus personajes—. Cuando en ella entré parecióme un hormiguero; sus calles estrechas y sucias; su gente bulliciosa, entremetida y charlatana; los señores ignorantes; el pueblo desmandado; las casas feísimas y con olor de pobreza (B. Pérez Galdós, *Las tormentas del 48).*

Ahora bien, justo es reconocer, como apunta Pérez Vidal, que: «no se le podía pedir a Madrid que fuese distinto de como era entonces España» (9). Sin embargo, en esta ciudad sucia y destartalada comenzaba a cuajar un espíritu de reforma; numerosas ocasiones tendré de referirme a ello.

Cuando Galdós llegó a Madrid —1862— la vida espiritual de la ciudad se hallaba en fermentación, la política desencadenaba discusio-

---

(5) J. Fernández Montesinos: *Galdós,* tomo II, Castalia, Madrid, 1969, p. 213.
(6) H. C. Berkowitz: *Pérez Galdós, Spanish Liberal Crusador,* The University of Wisconsin Press, 1948.
(7) J. Casalduero: *Vida y obra de Galdós,* Gredos, Madrid, 1961, p. 14.
(8) F. C. Sainz de Robles: *Obras completas de B. Pérez Galdós,* tomo V, Aguilar, Madrid, 1961; p. 10.
(9) *Ibídem.*

nes de café interminables y el «paisaje urbano» mostraba un multicolor encanto. El choque del pueblo con las instituciones, clases y partidos representativos de tendencia conservadora, se encuentra en su momento álgido. La reacción de don Benito ante este estado de cosas será aflojar en su trabajo de estudiante de Derecho y dedicarse a escribir, pero no en su primer año de estudiante madrileño de preparatorio de Derecho, sino en los cursos sucesivos. Progresivamente se irán haciendo más frecuentes sus paseos a través de Madrid y sus suburbios. Va observándolo todo con sus ojos penetrantes, al igual que hará Baroja. Según Berkowitz:

> He frequented popular and even disreputable bars, civic institutions, churches, and government buildings.

Añade:

> Day after day he strolled through the central streets and up and down the Barrios bajos observing striking individual, picturesque crowds and colorful incidents (10).

Cabe preguntarnos ahora si don Benito se mantiene asido a la realidad, o, por el contrario, reelabora el material acumulado para obtener un producto artístico. Según don Marcelino Menéndez Pelayo (11), la grandeza del novelista Galdós proviene de su capacidad para forjar un mundo propio, nacido del «ensemblaje» de los elementos tomados de la realidad. Berkowitz insiste en esta misma idea, y R. Gullón afirma: «Galdós se mantiene asido a la realidad, y allí toma los materiales precisos para constituirse en creador de algo diferente» (12). Ahora bien, esta reelaboración artística no resta «verdad» a los valores de ámbito y ambiente madrileños, ni a la reconstrucción de unas facetas de la vida social madrileña en el último tercio del siglo XIX. Podemos acercarnos a *Fortunata y Jacinta* con la confianza de que vamos a obtener el testimonio puntual —de mano de Galdós— del Madrid de aquella época. Debajo de la estructura de la novela, compacta y cerrada, yacen los elementos reales del Madrid isabelino, organizando una infraestructura perfectamente objetiva. Los «datos», aún desgajados de su contexto objetivo real, se objetualizan y rinden con «alcances de verdad» en la estructura general de la novela.

Sabemos que Galdós, a veces, para mayor seguridad dibujaba con trazos rápidos las escenas que contemplaba, lo mismo que don Pío

---

(10) H. C. BERKOWITZ: *Op. cit.*, p. 106.

(11) M. MENÉNDEZ PELAYO: «Discurso de contestación al de ingreso de don Benito Pérez Galdós en la R. A. E.», Tello, Madrid, 1897, pp. 86-87.

(12) R. GULLÓN: *Galdós, novelista moderno*, Taurus, Madrid, 1960, p. 157.

Baroja en su libreta con tapas de hule negro. Sólo que en don Pío la letra menuda y picuda sustituirá al boceto rápido.

En su segundo año de estancia en Madrid —ya nos referimos más arriba a ello— Galdós sintió en crisis el espíritu romántico que de las Canarias había traído (sabido es de todos que el Romanticismo duró más en provincias); de este modo estará en condiciones de abordar el tema de Madrid literariamente, tras haber sustituido el cultivo del verso por el de la prosa, siguiendo los consejos de su amigo Fernández Ferraz, joven profesor en la Universidad de Madrid. Pero será en 1865 cuando Galdós —según dice Pérez Vidal— «celebra sus esponsales con Madrid y con la literatura, dos amores de los cuales el segundo no va a ser sino clara expresión del primero» (13).

Creo que es interesante hacer notar que el espíritu proclive de Galdós hacia Madrid se ve catalizado por la necesidad de buscar noticias e impresiones para la sección sobre vida madrileña, de la que estaba encargado en el periódico *La Nación*. Será entonces cuando exclama:

> ¡Qué magnífico sería alcanzar en un solo momento toda la perspectiva de las calles de Madrid!

En esta sección fija del periódico —aunque sea Mariano José de Larra y no Mesonero, el maestro— late ya el espíritu que animara su obra *Fortunata y Jacinta*. De modo que:

> Cuando *La Nación* dejó de publicarse, a mediados de 1866, Galdós ya estaba perdido para la carrera de Derecho; la literatura y la vida de Madrid le habían ganado completamente (14).

Tras estas breves notas introductorias pasaremos a analizar «al pormenor» la presencia de Madrid en *Fortunata y Jacinta*.

Madrid en «Fortunata y Jacinta»

Pérez Galdós adensa el tiempo haciendo que pese en *Forunata y Jacinta*. El autor se remonta a los comienzos del siglo XIX, cuando el abuelo de Juanito Santa-Cruz abre una tienda en la calle de la Sal, en pleno corazón de Madrid. Como dice Joaquín Casalduero: «Simétricamente a la descripción del medio coloca el paso del tiempo, sirviéndose de las familias Santa-Cruz, Arnaiz y Rubín» (15). Será muy

(13) J. Pérez Vidal: *Op. cit.*, p. 41.
(14) *Ibídem*, p. 50,
(15) J. Casalduero: *Op. cit.*, p. 91.

distinto el Madrid del abuelo de Santa-Cruz de la ciudad en que más tarde se desarrollará la vida de Juanito. Don Baldomero I conoce a todos sus clientes, y el principal de ellos es la Corte. Con la Reforma de Tarife (1849) el comercio prospera al incrementarse la demanda. Al transformarse la clase media en consumidora habitual, se incrementarán los ingresos del comerciante, que irá engrosando las filas de la burguesía, más o menos alta, aunque los «ricos» españoles no tienen todavía una visión amplia del porvenir y se asustan ante cualquier problema mercantil. Don Baldomero II, al frente de su próspero negocio, es el típico representante de la clase media alta. Pero su «posición» la consigue gracias a un trabajo duro y la moderación de sus necesidades. En las circunstancias de su matimonio se muestra la mentalidad familiar de esta clase media urbana. Don Baldomero no enamora a su mujer por propia iniciativa, sino que acepta —sin dudar— la decisión de su madre. Casado felizmente con Barbarita, observa y comenta con sorpresa los cambios que comienzan a producirse en la vida madrileña, mediado el siglo XIX. En 1849 comienza a usarse el gas doméstico, el ferrocarril hiere de muerte a la diligencia, cambian las modas y los vestidos comienzan a hacerse en serie. Comienza a circular el papel moneda, visto con mucha desconfianza al principio:

> En la caja habían entrado ya los primeros billetes del Banco de San Fernando, que sólo se usaban para el pago de letras; pues el público los miraba aún con malos ojos *(Fortunata y Jacinta,* tomo I, p. 56).

Se generalizará el sello de correos. Sobre las ruinas de los viejos conventos —tras la desamortización de Mendizábal— surge una ciudad nueva.

En 1850 el padre de Bárbara Arnaiz (madre de Juanito) hace quiebra en su comercio porque el público deja de interesarse por las sedas importadas de Oriente y los vistosos mantones de Manila. Los tonos grises y oscuros se generalizan en el vestir de la case media madrileña, que se distingue así del pueblo bajo, que sigue usando colores vivos y chillones:

> Las señoras no se tienen por tales si no van vestidas de color de hollín, ceniza, rapé, verde botella o pasa corinto. Los tonos vivos las encanallan, porque el pueblo ama el rojo bermellón, el amarillo tila, el cadmio, el verde forraje... *(Fortunata y Jacinta,* tomo I, p. 59).

A la par van desarrollándose los cuidados higiénicos y comienza a usarse la ropa blanca interior. Madrid, por estos años, será consi-

derada la ciudad ideal de la clase media, frente a París, la ciudad de la aristocracia y superior en cultura y refinamiento a Madrid.

El progreso es sorprendente si tenemos en cuenta la nefasta política de Fernando VII, las guerras carlistas y el ineficaz reinado de Isabel II. La situación política es tema de discusión constante en casa y en el café. En el primer tomo de *Fortunata y Jacinta* se nos describe —con gran realismo— la abdicación de Amadeo de Saboya en 1873. El madrileño —en política— no sabe bien lo que quiere, ni lo que necesita. Isabel II es criticada por los amigos conservadores de la familia Santa-Cruz; la inhabilidad de Amadeo de Saboya es reconocida por todos; nadie está conforme con la República (tiene cuatro presidentes en menos de dos años). Algún expansionista se atreve a pensar que el futuro de España está en Africa. Entre tanto, las guerras carlistas —auténtica guerra civil en el fondo— asuelan los campos, mientras el pueblo añora la paz y estabilidad necesaria para el progreso. Por fin la Restauración de la Monarquía borbónica en 1875 es acogida por los conservadores como la solución definitiva de todos los problemas, y las elecciones de 1875 traen la calma a las distintas facciones, aunque los carlistas siguen estando en desacuerdo (16). Con la Restauración se consigue cierta estabilidad. Don Baldomero, haciéndose eco de la ideología de su clase social, afirmará «orden, tranquilidad, eficacia son ideales conseguidos».

Don Benito en *Fortunata y Jacinta* nos ofrece una precisa descripción de las calles de Madrid y su «ambiente». Unamuno criticaba a Galdós su falta de liricismo y sensibilidad ante el paisaje físico. El paisaje, concebido en su acepción corriente, apenas aparece en la obra de Galdós, pero —como afirma Sainz de Robles (17)— paisaje es también la ciudad y no solamente los campos de Pereda, Palacio Valdés y Blasco Ibáñez. Por esta razón se puede afirmar que Galdós es un formidable paisajista urbano. El estímulo cromático parece ser el que más fuerza tiene para despertar en él reacciones puramente subjetivas (no se olvide que la razón estética del paisaje y su justificación nace del binomio «contemplador —objeto contemplado»—). Y le atraen a Galdós los tonos fuertes y no la gama fría:

> En algunos huecos brillaba el anaranjado, que chilla como los ejes sin grasa; el bermellón nativo, que parece resguñar los ojos; el carmín, que tiene la acidez del vinagre; el cobalto, que infunde ideas de envenenamiento; el verde de panza de lagarto, y ese amarillo tila que tiene cierto aire de poesía mezclado con la tisis, como en *la Traviatta (Fortunata y Jacinta,* tomo I, pp. 272-273).

(16) Berkowitz hace un cuidadoso estudio —en su obra citada— de los distintos partidos españoles.

(17) F. C. Sainz de Robles: *Op. cit.*, p. 9.

Nótese la clara subjetivación de esta descripción, patente a través de las distintas comparaciones, lo que supone un «interpretar» frente al mero ver.

Solamente un enamorado de Madrid puede describir el aspecto de la ciudad con la riqueza de detalles con que lo hace Galdós. Gran parte de la novela transcurre en el corazón de Madrid: la familia Santa-Cruz vive en la céntrica calle de Pontejos, y la casa de la familia de Bárbara Arnaiz estaba en la calle de Postas. Son calles de los ricos comerciantes madrileños. Con toques menudos, hechos mínimos, don Benito nos descubre el ambiente de la calle de Pontejos:

> Para ella (Barbarita) no vivía en Madrid quien no oyera por las mañanas el ruido cóncavo de las cuevas de los aguadores en la fuente de Pontejos, quien no sintiera por la mañana y tade la batahola que arman los coches correos, quien no recibiera a todas horas el hálito tenderil de la calle de Pontejos *(Fortunata y Jacinta,* tomo I, p. 188).

Galdós conoce a la perfección las calles, las plazas, los rincones... de Madrid. Invito al lector a que siga a Fortunata en cualquiera de sus paseos madrileños en busca de Juanito.

Las casas de la clase media son edificios de sólida construcción, pero no ostentosas en su exterior. Dan la impresión de respetabilidad, pero también de cierta tacañería. La descripción de la mansión de los Santa-Cruz en la plazuela de Pontejos *(Fortunata y Jacinta,* tomo I, pp. 176-183) nos presenta, sin insistir demasiado en el detalle, una casa con todas las comodidades deseables en la época, y desde el punto de vista social: el mismísimo modelo de la «respetabilidad». Si leemos inmediatamente después la descripción del «cuarto estado», veremos que la descripción es mucho más entretenida —en parte por las personales preferencias de Galdós, en parte por que la «respetabilidad» se funda en la adaptación a unas normas sociales—, lo que hace que una casa respetable se parezca a otra casa respetable como un huevo a otro huevo, mientras que la miseria es mucho más polifacética y no necesita «disimular» ni acomodarse a un *status* establecido desde fuera.

A Bárbara Santa-Cruz le gusta recorrer el abigarrado mercado de la Cava de San Miguel. Verduras, ropas, fruta, garrapiñadas..., de todo hay en los pequeños puestos de la Cava, explotados por la «otra clase de Madrid», el pueblo bajo que vive en las callejuelas cercanas a este mercado callejero. Viven —estas pobres gentes— amontonadas entre la suciedad y el ruido. Los «señoritos» de las altas familias —generalmente con lustre universitario— buscan «aventuras amorosas» en este sector madrileño. Los atrae el «exotismo» de estos barrios po-

bres. La clase media y la alta burguesía urbana piensan que el pueblo es sucio; Juanito Santa-Cruz dice con gran desparpajo: «El pueblo es muy ignorante; es tonto de remate...» *(Fortunata y Jacinta,* tomo I, página 162). A lo largo de la obra encontramos juicios y actitudes muy semejantes, de gran alcance sociológico, capaces de explicar la chulería y el «majismo» como reacción del pueblo bajo ante este estado de cosas. La clase alta siente —en alguna ocasión— escozor de conciencia por la miseria de los «otros», pero ¿qué hacer? No existen organizaciones caritativas gubernamentales, ni instituciones de «pías» mujeres, aunque siempre hay alguna persona excepcional «con estómago y corazón», como la inolvidable Guillermina Pacheco.

Ni los niños de estos barrios, ni los mayores, muestran voluntad para mejorar su suerte ni saben cómo hacerlo; además son insociables en extremo (Pitusín). Viven al día, sin pararse a pensar en sus posibilidades (18). El ambiente en que se han criado les condiciona externa e internamente. Obsérvese la descripción de una típica casa de los barrios bajos:

> La mansión de Ido se componía de una salita angosta y de dos alcobas interiores más oprimidas y lóbregas aún, las cuales daban el quién vive a quien a ellas se asomaba. No faltaban allí la cómoda y la lámina del Cristo del Gran Poder, ni las fotografías descoloridas de individuos de la familia y de niños muertos. La cocina era un cubil frío, donde había mucha ceniza, pucheros volcados, tinajas rotas y el artesón de lavar lleno de trapos secos y de polvo. En la salita los ladrillos tecleaban bajo los pies. Las paredes eran de carbonería, y en ciertos puntos habían recibido bofetadas de cal, por lo que resultaba un claroscuro muy fantástico. Creeríase que andaban espectros por allí, o al menos sombras de linterna mágica. El sofá de Vitoria era uno de los muebles más alarmantes que se pueden imaginar. No había más que verle para comprender que no respondía de la seguridad de quien en él se sentase. Las dos o tres sillas eran también muy sospechosas. La que parecía mejor, seguramente la pegaba... *(Fortunata y Jacinta,* tomo I, p. 190).

Para Fernández Montesinos esta descripción está en la más pura línea del costumbrismo antiguo (19).

Las reformas que don Benito propone han de ser realizadas en este sector marginado de Madrid al que nos venimos refiriendo. La firmeza del poder está minada aquí. Reina entre estas gentes una verdadera simplicidad y una ausencia completa de artificialidad. Borrachera, suciedad, enfermedades y prostitución dominan en este sec-

(18) Es asombroso cómo reproduce Galdós el lenguaje, pura jerga a veces, de estos niños.

(19) J. Fernández Montesinos: *Galdós,* tomo II, Castalia, Madrid, 1969, página 209.

tor de la sociedad, y la clase alta los censura acremente, sin tener verdadera conciencia de lo que significa la vida en este ambiente. Pero cuando sus ojos tropiezan con este mundo, el buen burgués los desvía avergonzado y se siente llamado a la caridad:

> En el seno de la prosperidad en que ella vivía, no pudo darse nunca cuenta de lo grande que es el imperio de la pobreza, y ahora veía que, por mucho que se explore, no se llega nunca a los límites de este dilatado continente. A todos les daba alientos y prometía ampararles en la medida de sus alcances, que si bien no cortos, eran quizás insuficientes para acudir a tanta y tanta necesidad...» *(Fortunata y Jacinta,* tomo I, p. 222).

Galdós se siente afectivamente atraído —lo repito una vez más— por las personas y el ambiente de los barrios bajos. Como dice R. Gullón «fue Galdós novelista social muy perspicaz en cuanto al modo de calcular la influencia mutua entre el individuo y el medio» (20). Sus paseos por los barrios bajos, eso que él llamaba «higiene espiritual», le proporcionarán un material tan precioso que R. Gullón, constatando el hecho, afirmará: «Leyendo a Galdós resulta evidente la firmeza del suelo sobre el cual se asientan las figuras novelescas» (21). Puede considerársele uno de los escritores que con más meticulosa atención, simpatía y lucidez en la mirada, ha descrito los barrios bajos, comunes a toda aglomeración urbana.

Galdós reproducía con sorprendente precisión la lengua del pueblo madrileño. Como muestra recojo esta jugosa parrafada de José Izquierdo, representante típico —si los hay— del pueblo bajo:

> Mi dinidá y sinificancia no me premiten... Es la que se dice: quisiera pero no pué ser. Si quieren solutamente socorrerme... etc. *(Fortunata y Jacinta,* tomo I, pp. 369-370).

Podríamos abrir aquí una disquisición —que sería larga— sobre la caracterización por el lenguaje, la fuerza realística, la reproducción mediante procedimientos electrónicos, etc.; bástenos constatar aquí que Galdós reproduce el lenguaje de las clases ínfimas con conciencia lingüística y pretensión de realismo, aunque en el caso de Fortunata, don Benito traduce el lenguaje de ésta al «normal» de la novela; pues sería tarea muy fatigosa y difícil hacerla hablar en su propio lenguaje, por la frecuencia y variedad de situaciones en que aparece en la novela. Es interesante —por otra parte— el hecho de que don Benito evita los «tacos», tan frecuentes, sustituyéndolos por expresio-

---

(20) R. GULLÓN: *Op. cit.*, p. 132.
(21) R. GULLÓN: *Op. cit.*, p. 129.

nes totalmente asépticas: «puños», «puñadas», etc. Intenta don Benito una explicación lingüística de las peculiaridades del lenguaje madrileño:

> Conversaciones dejosas arrastrando toscamente las sílabas finales. Este modo de hablar de la tierra ha nacido en Madrid de una mixtura entre el dejo andaluz, puesto en moda por los soldados, y el dejo aragonés que se asimilan todos los que quieren darse aires varoniles *(Fortunata y Jacinta,* tomo I, p. 300).

Los golfos, tema constante en *La lucha por la vida,* apenas aparecen en *Fortunata y Jacinta;* sin embargo, hace acto de presencia como algo que está ahí y que, aunque no se trate, es necesario contar con ella:

> Hacia él iban tres individuos de calzón ajustado, botas de caña, chaqueta corta, gorra, el pelo echadito «palante», y pertenecían al gremio de los «randas». El uno era «descuidero», y el otro «tomador» y el tercero hacía a pelo y a pluma *(Fortunata y Jacinta,* tomo I, p. 318).

Y no podía faltar el «organillo», ese piano mecánico callejero que con el botijo podrían considerarse símbolos de la capital de España. ¡Cuántas horas indolentes o densas transcurridas junto a la música pegajosa de un organillo! Pensar en el Madrid de aquellos años es pensar en las «chulapitas» de mantón bailando con chulos de pañolín al cuello, a la caída de la tarde en una plazuela o en una corrala. Ahí está esa pieza castiza: la zarzuela, recordándonos las verbenas, los amores de una planchadora, las aventuras de un viejo verde..., el Madrid «majo» de los años de Galdós. Y qué no pasaría entre el pueblo de Madrid cuando «en la calle se situó un pianito de manubrio, tocando polcas y valses» *(Fortunata y Jacinta,* tomo III, p. 154).

A pesar de la continua presencia del cuarto estado —y ya nos hemos referido ampliamente a ello (22)— en *Fortunata y Jacinta,* Galdós exclusiviza la descripción del mismo en el capítulo XI de la primera parte de *Fortunata y Jacinta.* Sainz de Robles vio inteligentemente la «fuerza» de estas páginas: «los paisajes urbanos de Galdós raspan la sensibilidad —la contempladora, no la contemplativa— desazonan el interior, ocupan por completo la atención» (23).

El español del XIX (de la media y alta burguesía) siente un deseo incontrolable de «disertar» en los cafés, que constituyen un elemento esencial de la vida madrileña. Al comienzo del volumen III de *For-*

---

(22) Es curioso que Galdós denomine al pueblo bajo con el casi tecnicismo: «cuarto estado». Según Correa (*El simbolismo religioso en las novelas de Pérez Galdós,* Gredos, Madrid, 1962, p. 98, nota), Galdós ha tomado el término de la economía política. En este sentido lo usa Juan de Lorenzana en su «Algunas consideraciones generales con motivo del proyecto de ley sobre vagancia».

(23) F. C. SAINZ DE ROBLES: *Op. cit.,* p. 10.

tunata y Jacinta, siguiendo los continuos cambios de Juan Pablo Rubín, Galdós nos presenta la mayoría de los cafés madrileños: Puerta del Sol, San Antonio, Suizo Nuevo, Platerías, Siglo, Levante, Santo Tomás, San Joaquín, etc. Muchos son, bien es cierto, pero como agudamente observa don Benito: «todos los cafés de Madrid se parecen, lo mismo que se parecen las casas» *(Fortunata y Jacinta,* tomo III, página 7). En los cafés conviven todas las facciones políticas de la Nación. Carlistas, liberales, monárquicos y anarquistas toman el café de la tertulia bajo el mismo techo. Se discuten las ideas más progresistas, se hacen proyectos que nunca se llevarán a la práctica. En la somnolente hora de la siesta —café y puro— el madrileño se enzarza en inacabables discusiones sobre la política y sus hombres, la Iglesia y sus curas. Ninguno de estos cafés podrían encontrarse fuera de la «villa y corte»; son algo peculiar y distintivo de Madrid. En *Costumbres turcas* encuentra el lector de *Fortunata y Jacinta* una imagen plástica de un café y sus clientes:

> Juan Pablo Rubín no podía vivir sin pasarse la mitad de las horas del día o casi todas ellas en el café. Iba al café al mediodía, después de almorzar y se estaba hasta las cuatro o las cinco. Volvía después de comer, sobre las ocho, y no se retiraba hasta más de medianoche o hasta la madrugada, según los casos. Como sus amigos no eran tan constantes, pasaba algunos ratos solo, meditando en problemas graves de política, religión, o filosofía, contemplando con incierto y soñoliento mirar las escayolas de la Escocia, las pinturas ahumadas del techo, los fustes de hierro y las mediacañas doradas. Aquel recinto y aquella atmósfera éranle tan necesarios a la vida, por efecto de la costumbre, que sólo allí se sentía en la plenitud de sus facultades...
>
> Quien se hubiera tomado el trabajo de seguir los pasos de Rubín desde el 69 al 74, le habría visto parroquiano del café de San Antonio, en la Corredera de San Pablo, después del Suizo Nuevo, luego de Platerías, del Siglo y de Levante; le vería, en cierta ocasión, prefiriendo los cafes cantantes y en otras abominando de ellos; concurriendo al del Gallo o al de la Concepción Jerónima cuando quería hacerse el invisible, y por fin, sentar sus reales en uno de los más concurridos y bulliciosos de la Puerta del Sol *(Fortunata y Jacinta,* tomo III, pp. 7-9).

Los detalles que nos da Galdós sobre los cafés madrileños suponen un conocimiento objetivo y profundo de este «mundillo». Hay tertulias de militares, de ingenieros, de estudiantes..., etc. Merodean los cesantes, que prefieren el café de Santo Tomás porque allí dan más azúcar que en otros cafés madrileños. Existen cafés con piano y sin piano. Se habla del precio de la carne, de la superioridad de Frascuelo sobre Lagartijo, del último político intrigante (ya tuvimos ocasión de referirnos a ello más arriba). La burguesía juega al «mus», juego ma-

drileño por excelencia que ha hecho que —en nuestros días— se creara una «ONU» del mus en la capital de España. Galdós se mueve a través de este mundo multiforme, con la andadura segura del que ha pasado muchas horas en los divanes de peluche de los cafés madrileños. Por otra parte, los cafés le sirven a don Benito de atalaya desde la cual —a modo de Diablo Cojuelo— contempla las «interioridades» de la capital de España y sus gentes.

A diferencia de Baroja, Galdós presenta el Madrid de su tiempo con la simpatía del objeto amado. En las costumbres sociales, en las instituciones, en las personas, don Benito busca el rasgo de bondad, de regeneración dentro de su estado. Nunca encontramos la detención morosa en el mal, que más adelante tendré ocasión de analizar en Baroja. El convento de las Micaelas —correccional de mujeres— se nos presenta con compasión. Las monjas no son mujeres severas, sino personas cuyo destino no es castigar a esas pobres mujeres «perdidas», sino ayudarlas a salir de su estado de postración, poniéndolas en el camino de una felicidad segura.

El lector de *Fortunata y Jacinta* tiene la suerte de encontrarse con la descripción del paisaje físico de Madrid —admitida su elaboración artística— y además con una serie de relaciones individuales e interacciones sociales que le procuran el conocimiento del discurrir diario de la vida en Madrid. *Fortunata y Jacinta* indica claramente la orientación de Galdós hacia los temas espirituales. A este respecto dice Berkowitz:

> It would appear that at this stage Galdós was beginning to feel the urge of serving his readers less ripe, raw fruit and more preserved, if by the former he meant external, observable reality and by the latter transcendental Spirtual forces (24).

El aspecto espiritual de esta novela se centra en torno al ajustamiento del individuo a su circunstancia social y al proceso por el que se realiza este ajuste o desajuste. El problema central es el esfuerzo de los «personajes» para conseguir su autorrealización.

En Fortunata están simbolizadas las mujeres de su clase social. Es sincera, sencilla de ánimo, simple en su pensamiento, y buena en el fondo. Una huérfana saludable y bella, criada en los barrios bajos de Madrid, de instintos primitivos, como las otras mujeres de su clase, resignada a su condición social. Pero Fortunata se autoestima y de aquí esos largos monólogos (que en alguna ocasión se acercan al monólogo interno) nacidos de remordimiento, del despecho o del deseo, aunque siempre reconoce que su posición en cuanto querida de Jua-

(24) BERKOWITZ: *Op. cit.*, p. 221.

nito Santa-Cruz, es muy inferior a Jacinta. Fortunata tiene una concepción naturalista y primitiva del amor; por eso no siente ninguna responsabilidad social y culpa de todo a las leyes naturales que «mueven así las cosas». Casalduero afirma que Fortunata no se doblega a ninguna ley social. Sin embargo, Kisner, refiriéndose al proceso mental de Fortunata, parece probar que sí se atiene a algunos condicionamientos sociales (25). Fortunata, sin mimo ni cariño en su infancia, salva ese trauma en los momentos en que Juanito, el hombre al que ama, la necesita. Intentará igualar a su rival Jacinta. El sueño de Fortunata es ser tan respetable como la esposa de Juanito, típico mimetismo del pueblo bajo respecto de las clases altas, a las que censura acremente, pero queriendo igualarse a ellas en el fondo.

Sin apenas darse cuenta, Fortunata se casa con Máximo Rubín, farmacéutico y, en consecuencia, del grupo social alto. Su esposo no la satisface emocionalmente, y ella —con la radical sinceridad del pueblo— no puede fingir una engañosa vida de esposa respetable. Hace enormes esfuerzos por cambiar su lenguaje, sus modos, pero no puede perder los rasgos típicos del pueblo bajo español. Nicolás, sacerdote hermano de Maxi, intenta volver al redil a la oveja descarriada, pero su actuación no consigue los efectos que en un derroche de autosuficiencia consideraba Nicolás conseguido de antemano. Y es que —según afirma Jesús García de Dueñas:

> El motor sentimental de Fortunata se convierte en un acto inconsciente de rebelión, siendo su comportamiento vitalista un verdadero revulsivo de una época, a caballo entre una revolución un *status* restaurado y una profunda insatisfacción histórica (26).

Una fuerza irresistible mueve a Fortunata hacia su destrucción. Ella sabe que nada puede esperar de Juanito, a no ser momentos pasajeros de amor, y sin embargo, todo su «hacer» se encamina hacia esta meta. Abandonada una vez más por Juanito, se convierte en la amante del viejo militar retirado Evaristo Feijoo, quien le enseñará que la primera ley de la naturaleza es la conformidad con las leyes sociales, incluso si es deshonrada con viles engaños. Feijoo se sintirá pronto enfermo y envejecido y Fortunata, por consejo de él, retornará a Maximiliano. Pretende Galdós tipificar en la actuación de esta mujer la psicología de la mujer del pueblo bajo madrileño. Creo que esos esporádicos retornos a Maximiliano significan la fuerza del

(25) R. Kirsner dice: «It is erroneous to assume that Fortunata is entirely oblivious to social laws merely because her life is not guided by them. The fact that she rationalizes her actions proves she is aware of the social laws», en «Galdós, attitude toward Madrid as seen in *Fortunata y Jacinta*«, PMLA, 1951.

(26) J. García de Dueñas: «Fortunata y Jacinta», en *Triunfo*, núm. 383, 4 de octubre de 1969.

remordimiento, nacida de una vena subterránea de religión, más o menos consciente, y esto fue y es característico de los sectores más bajos de la sociedad. Pero, quizá, donde más claramente se muestra el alma popular de Fortunata es en su autorredención y en su elevación por encima de Jacinta, gracias a que ella es madre de un hijo de Juanito, mientras que Jacinta no. Supone esto una concepción, casi biológica del amor, nacida del realismo que caracteriza a los sectores populares.

Fortunata, una mujer apasionada, se ve —casi sin quererlo— envuelta en una contradicción física. Casa con un hombre de clase social superior a ella, pero físicamente inferior. Galdós viene a demostrar cómo la realidad se impone a la convención social, en un mundo en el que casi lo único que tiene valor de autenticidad es el amor de Fortunata hacia Juanito. Fortunata no se considerará «autorrealizada» al elevarse de clase, sino cuando su necesidad fisiológica-espiritual se ve satisfecha, independientemente de cualquier convención externa. Vuelvo a insistir en que el convencionalismo y las «apariencias» son unos ingredientes típicos de la conciencia de la alta y media burguesía, frente a la espontaneidad y realismo de las clases populares. La fuerza y la espontaneidad de Fortunata frente a una sociedad madrileña institucionalizada por la rutina hace que los sentimientos de Galdós se inclinen hacia ella, por la que siente— sin duda— gran cariño.

A través de Maximiliano tenemos ocasión de conocer el mundo de las «boticas» madrileñas y de los «boticarios». Mucho pesaba aún —en el Madrid de don Benito— el «tufillo» intelectual de las largas tertulias de «rebotica», aunque —quizá— sea en provincias donde alcance su máxima importancia. Don Benito no supo o no quiso fijar su atención en este mundo. No nos detendremos, pues, en ello.

Frente a Fortunata, Jacinta queda un poco en segundo lugar, como si le «hubieran robado su papel en escena». La esposa de Juanito es el ejemplo típico de la mujer de clase media madrileña de entonces. Para Fernández Montesinos: «en Jacinta ha estudiado Galdós por modo admirable un tipo de mujer madrileña, representante de una clase media bien intencionada, pero angostísima de visión» (27). Una mujer a la que falta la vitalidad de Fortunata y que necesita —por ello— el soporte de un estamento social para mantenerse. Y siempre dominada por el patético y obsesivo empeño de maternidad, no conseguida, lo que hará que su «función» en la familia Santa-Cruz no sea excesivamente gloriosa. Toda su estructura mental y de actuación es el producto de una sociedad burguesa que no exige cul-

(27) J. Fernández Montesinos: *Op. cit.*, p. 241.

tura a sus mujeres, pero sí «modos» y «modales» que, dentro de su convencionalismo, permiten mantener el *status* de clase.

Juanito es el típico «señorito madrileño» de su época. Hombre delicado, soberbio, que nunca ha trabajado, viviendo de las rentas de «papá» y siendo el centro de las atenciones de toda la familia. Es el contrapunto del bueno de Maxi, esa alma cándida. La antipatía de Galdós hacia él es manifiesta. Al final acabará perdiendo el único valor positivo que conservaba: el auto-respeto. Pasará del «intelectualismo» juvenil a la vida de acción, pero siempre será el «mimentismo» lo que mueva su conducta, tan semejante a la de los otros señoritos madrileños: los Villalonga, los Peces, los Tallerias. De jeremíada sociológica califica Fernández Montesinos las palabras de Juanito, que, por otra parte, nos servirán de magnífico testimonio de la conciencia social de clase: «Pobre pueblo. Y luego hablamos de sus pasiones brutales cuando nosotros tenemos la culpa.» Todas las víctimas del donjuán Juanito están moralmente muy por encima de este hombre soberbio y de insufrible amor propio. Juanito en su época no es ni más ni menos que el «hijo de papá» de nuestros días que se permite quizá ciertas simpatías —de boca— hacia la izquierda, pero que vive en la más absoluta ignorancia de los sufrimientos del pueblo bajo, al que compadece, a lo sumo, careciendo de la honradez de dejarle en paz si no se quiere hacer nada por él.

La pintura social de Madrid queda completa con la presencia de algunos caracteres de papel secundario en la novela (aunque quiero insistir en la fuerza de realidad y vida que tienen los caracteres secundarios en la obra de Galdós). Doña Guillermina (versión de doña Ernestina Manuel de Villena, a la que Galdós conoció realmente) es una santa mujer que consume su vida trabajando por los pobres. De la mano de ella nos acercamos a la psicología y a las formas de vida de los barrios bajos de Madrid. Doña Lupe, tía de Maxi, prestamista en sociedad con Torquemada, es el contrapunto perfecto de la piedad desinteresada de Guillermina. Por otra parte, doña Lupe es la «voz de la mayoría» cuando expresa su enemistad hacia la Iglesia como institución. Moreno-Isla es el típico español de la época, que clama contra el provincianismo de Madrid. Gran admirador de Londres y del carácter inglés, se esfuerza en demostrar que no existe ninguna solución ni para España ni para los españoles. Estupiñá, antiguo empleado de la casa de Santa-Cruz, representa un estamiento característico de la sociedad madrileña del siglo XIX. Pasa su vida visitando a sus innumerables familias amigas; no hay fiesta, bautizo o boda a la que no se le invite. Es el típico hombre simpático que siempre cae bien. Se mueve a lo largo de la obra con fuerza de verdad y

una naturalidad que le hace traspasar las fronteras del libro, para pasear por el Madrid del XIX, con la andadura morosa del buen amante de la tertulia y el comadreo inocente.

En Juan Pablo Rubín, hermano de Maxi, Galdós retrata al hombre de café, capaz de filosofar en el diván de peluche, buscándole solución a los graves problemas de España. De mano de Juan Pablo conoceremos las ideas anarquistas que se van extendiendo por Madrid. Don Benito se apresura a manifestar que él no comparte tal ideología.

Y no podíamos olvidar a ese personaje de excepción que es Mauricia «la Dura». Mauricia es un portillo de escape en un mundo hermético, y para R. Gullón representa «la protesta, la rebeldía contra la vida miserable, contra la vida mediocre, conformista y aburguesada del Madrid decimonónico» (28). Quizá de aquí nace esa fuerte atracción de Fortunata hacia esta mujer, «que era el vivo retrato de Napoleón».

Al lector no se le escapa que en *Fortunata y Jacinta* no aparece retratada la aristocracia madrileña. Y no aparece porque prácticamente no existía. Es curioso constatar que en España, sin burguesía y sin revolución, se produce el fenómeno de desaparición de la aristocracia, como en el resto de Europa.

Galdós se da perfecta cuenta de que la clase media (burguesía próspera y pequeña burguesía) domina al pueblo, y al exponer la ausencia de valores positivos en este sector de la sociedad, hace —indirectamente— la apología del pueblo bajo madrileño. Su «filosofía» está basada —en cierto modo— en una concepción romántica del mundo. Niega los postulados naturalistas del determinismo físico, al decir R. Gullón: «Galdós no ve la sociedad según Zola lo hacía, como bloque compacto, sin fisuras, sino como conjunto de gentes, intereses, afanes y condicionamientos diversos» (29). Berkowitz y Casalduero afirman que Pérez Galdós —en algún aspecto— se aproxima a las concepciones filosóficas de Hegel. Pero yo no sé hasta qué punto puede mantenerse esta afirmación.

Y hay un río subterráneo y profundo de poesía en *Fortunata y Jacinta*. Aguas que muy de vez en cuando salen a la luz, dando testimonio del hombre bueno que fue don Benito Pérez Galdós.

Baroja y Galdós, intérpretes de Madrid

Voy a ocuparme ahora de la forma en que aparece Madrid en la trilogía *La lucha por la vida,* de Pío Baroja. Pero antes he de

(28) R. Gullón: *Op. cit.*, p. 223.
(29) R. Gullón: *Op. cit.*, p. 125.

señalar la diferencia de ángulo de enfoque entre Pérez Galdós y Pío Baroja.

Shermann Eoff (30) dice que Galdós nos muestra una posibilidad de vida perfectamente factible. No parece acertada esta afirmación, ya que la «realidad» que aparece en *Fortunata y Jacinta* es perfectamente posible. En la obra de Galdós, la distancia entre lo externo y el punto de vista del autor es escasa. Naturalmente, como en toda obra literaria, hay una elaboración de la materia prima. En este sentido Baroja supera a Galdós.

Los barrios bajos de Galdós son míseros y sus habitantes pertenecen a la clase social ínfima, pero siempre disponen de un tejado para guarecerse y de alimento diario. Galdós quiere atraer la simpatía del lector hacia este tercer estado, formado por unos «madrileños» que no escandalizan al lector como los de Baroja. La realidad latente es la misma, pero su tratamiento y el efecto producido en el lector no. Madrid descubre su crueldad al marginar a una parte de su sociedad; pero en la obra de Baroja esta realidad choca violentamente contra el lector gracias al distanciamiento de Baroja con respecto de su material, que elabora según los a priori de su ideología.

Me ha extrañado la actitud de Baroja al confesar que los «barrios bajos» eran materia inédita hasta su obra. Torrente Ballester afirma: «Pío Baroja, cuando inicia sus incursiones por los barrios paupérrimos del cinturón rojo, va convencido de que su exploración es singular y permanece inédita (31). ¿Es que Baroja no había leído a Galdós? Sabemos que sí, pues don Pío confesó a M. Gómez Santos (32) que lo que más le gustaba de Galdós eran las novelas madrileñas. Lo que ocurre ese que Baroja consideraba insuficiente e imprecisa la visión y versión galdosiana de los suburbios madrileños. Según Torrente Ballester: «Baroja buscaba lo que no había buscado ni hallado don Benito: Baroja buscaba el mal» (33). De todos es sabido que Galdós era un republicano optimista, un hombre bueno que creía en la bondad del hombre; de aquí que el «mal» que aparece en sus novelas sea siempre remediable. Baroja, en cambio, era un republicano pesimista, que había leído a Schopenhauer, con una conciencia del mal, que apenas concedía beligerancia a la bondad humana.

Como más adelante veremos, en la trilogía barojiana apenas se nos dice algo sobre el Madrid urbano y sus «vecinos». Todo se centra en

---

(30) S. Eoff: «The Treatment of Individual Personality in *Fortunata y Jacinta*», *Hispanic Review*, XVII, 1949.

(31) G. Torrente Ballester: «Vida y obra de Baroja», en *Baroja y su mundo*, Arión, Madrid, 1961, p. 127.

(32) M. Gómez Santos: *Baroja y su máscara*, Barcelona, 1956, p. 130

(33) G. Torrente Ballester: *Op. cit.*, p. 128.

torno a los barrios míseros que se extendían —y alguno aún queda— junto al río Manzanares. Baroja compara el ambiente de los alrededores de Madrid con la «luz fuerte», y estos barrios son «el espectáculo de miseria y sordidez, de tristeza e incultura que ofrecen las afueras de Madrid, con sus rondas miserables, llenas de polvo en verano y de lodo en invierno» (*La busca*, p. 37). Frente a esta «luz fuerte», el Madrid urbano es sombra en la lejanía, en violento contraste; ocasión tendremos de ocuparnos de ello. Galdós, en cambio, era asiduo paseante y recreador después del ambiente y vida del Madrid urbano.

Baroja no es amigo de largas descripciones, como Galdós en *Fortunata y Jacinta*. Baroja dice todo con pocas palabras y raramente desarrolla una escena —aunque sea extensa— en más de un capítulo. Posee la virtud de la concreción y el dominio del silencio, lo que hace de su prosa un útil perfecto para expresar sus ideas.

La trilogía de *La lucha por la vida* está constituida por una yuxtaposición de apuntes tomados fielmente de la realidad. Pero de esta acumulación de fragmentos independientes resulta un todo orgánico gracias a Manuel Alcázar, que permite la linealidad de la novela y es, según Torrente Ballester: «el hilo conductor que permite a Baroja yuxtaponer sus apuntes del natural» (34). De esta forma de «hacer» de Baroja resultan algunos cuadros no necesarios, ya que no «funcionan» en cuanto a la estructura de la novela; pero bien podemos concederle esta libertad al autor de *La lucha por la vida*.

La sensación de realidad es mucho más fuerte —a mi modo de ver— en Baroja que en Galdós, y contribuyen a ello, sin duda, los procedimientos cinematográficos, que, al decir de Torrente Ballester (35), emplea Baroja. (Angelino Fons ha sabido darse cuenta de esto en su magnífica versión cinematográfica de *La busca*, y es curioso que este mismo director preparó la versión de *Fortunata y Jacinta*.) Admitido siempre el abismo que existe entre «realidad vicencial» y su recreación literaria, he de decir que los minuciosos apuntes tomados por Baroja en sus paseos por los suburbios madrileños permiten al lector una visión objetiva del paisaje físico y humano de estos barrios de Madrid a comienzos de nuestro siglo, a pesar —y ya lo decíamos más arriba— de que exista en don Pío una cierta «deformación ocular» en busca del mal, lo que quizá haga que su «visión» sea unidireccional.

J. D. Eaton afirma que una buena parte de *La lucha por la vida* podría ser calificada de «novela propagandista». Es verdad que en esta obra se dan la mano la filosofía, la psicología, la utopía, el espíritu épico y aventurero. Si se me permite, me atrevería a afirmar que Ba-

(34) *Ibídem*, p. 150.
(35) *Ibídem*, p. 135.

roja, sobre todo en *Aurora roja,* se aproxima al escritor *engagé* de nuestros días, muy lejos de don Benito en esto. Baroja refleja todo el conflicto ideológico y social de su época, con un lenguaje colorido, expresivo y muchas veces poético. Por otra parte, la formación médica de don Pío hace que observe las cosas participando de la objetividad del científico.

Volviendo a tomar el hilo de lo que decía más arriba, quiero señalar que el Madrid de Galdós puede delimitarse con rigor en un plano urbano de la capital de España. Es el «riñón de Madrid» lo que atrajo a don Benito, y no es muy extenso precisamente este sector. Por eso, al compararlo con el Madrid de Baroja, éste no nos aparece como *escenario* mucho más amplio y menos preciso, haciendo que pierda en concreción lo que gana en amplitud. Juan Antonio Cabezas, en un documentado artículo sobre el Madrid de Galdós, localiza puntualmente el Madrid de *Fortunata y Jacinta.*

> Va de una tienda de aves y huevos, otra de bayetas y paños del Reina, en los soportales de la Plaza Mayor, a la casa de don Baldomero Santa-Cruz, en la plaza de Pontejos, del Arco de Cuchilleros en la Cava de San Miguel, al Arco de San Ginés, las calles de Hileras, Mayor y San Cristóbal, hasta la puerta del Sol y sus aledaños.

Piénsese lo difícil que sería hacer un esquema paralelo en *La lucha por la vida* y quizás la amplitud espacial de la obra de Baroja (esto no es obstáculo para que su atención se centre más en las zonas periféricas, como veíamos más arriba) sea debida a la *movilidad* del personaje central de su novela.

Manuel Alcázar «está en movimiento» a lo largo de la novela, frente al carácter, más bien estático —en cuanto al *status* establecido— de los personajes de *Fortunata y Jacinta.* Este tiene su correlato en el estilo; así, frente al tono ágil y vivo de las descripciones barojianas está la delectación morosa, que ya en su día fue observada por la sagacidad crítica de Clarín.

Fortunata y Jacinta me parece una novela más compacta que *La lucha por la vida.* En la «anécdota» de la novela galdosiana es todo sustancia, dice Angel Lázaro (*Pueblo,* especial Galdós, 7 de enero de 1970), y cree que es esto lo que más fuertemente caracteriza a esta novela.

No soy partidaria de clasificaciones que sirvan de panacea universal, pero me atrevería a decir que en *Fortunata y Jacinta* triunfa un interés psicológico de profundizar en los personajes, frente a un realismo más a flor de piel en *La lucha por la vida.* Esto me lleva a pensar en Camilo José Cela. En *La colmena, Nuevas escenas matritenses,* y

ahora, en *San Camilo 1936* hay una presentación *objetual* de Madrid y sus gentes, con muchos ingredientes para que la visión sea lo más realista posible, pero sin una recreación interna que trascienda esta realidad a través de la intimidad de los personajes (me refiero a la razón última del actuar, no a la concatenación simple *causa-efecto*). Este mismo fenómeno se da, a mi modo de ver, en la obra de don Pío Baroja. Recuérdese a este propósito —con toda la distancia necesaria— el caso de Benjamín Jarnés, que a fuerza de acumular datos y más datos de la realidad la destruye en sus obras. Quede claro que no pretendo afirmar que esto ocurra en Baroja ni en Cela.

Por el camino de estas sugerencias desembocamos en la encrucijada de: ¿qué es el realismo?, ¿límites? El problema ha preocupado y preocupa a los teorizadores de la literatura; yo solamente diré que la realidad incluye también la fantasía individual y la recreación a través de un personaje que la *elabora*. Recuérdese que esto llevó al monólogo interno de Joyce y a la *corriente de conciencia* de la moderna novela. De aquí que me atreva a afirmar que no es más real la visión de Madrid del novelista que acumula más datos *objetivos* de la realidad que la de un novelista que reelabora estos datos a través de uno o varios personajes, al igual que no es más realista un cuadro *pop* que incorpora objetos materiales tomados de la vida cotidiana que un cuadro que los reelabora de acuerdo con una interpretación de los mismos.

Sería interesante comparar a Galdós con Valle-Inclán, pues ambos novelan la vida de los mismos años. En esta comparación podríamos servirnos de la vieja imagen del espejo cóncavo (en que la realidad se hace grotesca), usado por Valle-Inclán, frente al espejo plano, paseado a lo largo del camino, que usarían Galdós y Baroja. Y apunto esto aquí para insistir en lo que de ilusión tiene la vieja definición de realismo. Pero no quiero ir más lejos, pues la andadura por este camino nos apartaría de nuestro tema.

Ocurre a veces, y esto es importante hacerlo notar aquí, que Galdós no puede establecer un puente espiritual entre sus personajes y el mundo que los rodea. Entonces los «dados de la realidad» aparecen acumulados en número excesivo y no encuentran explicación *por* y *a través* del personaje, semejante a lo que apuntábamos más arriba a propósito de Baroja. Pero éste no es el caso de *Fortunata y Jacinta* y disiento de los estudiosos que lo afirman.

No creo que haya una mayor dinámica espiritual en Manuel Alcázar que en Fortunata; en todo caso sería al revés. Y digo esto porque Baroja no se cansó en censurar a don Benito de falta de dinámica espiritual en sus personajes. Claro que no está a la altura de

Dickens o Dostoyevsky, pero creo que es el reproche que menos puede hacérsele al autor de *Fortunata y Jacinta.*

Sobre don Benito Pérez Galdós y sobre don Pío Baroja pesa el común anatema de ser descuidados en el estilo y poco atentos a la forma. Valle —como siempre— hiperboliza la situación llamando a Galdós: «Don Benito el garbancero.» Camilo José Cela dirá de él que en todo hay que imitarle, menos en el estilo. Con todo, creo que la novela realista necesitaba de una prosa sin floripondios literarios, y en este sentido sí que es valiosa la aportación de Galdós. De otra forma la imagen de Madrid se habría desvanecido entre *retoricismos* fuera de lugar. En cuanto a don Pío, a pesar de sus afirmaciones reiteradas y rotundas de no importarle nada la forma, poniendo siempre la claridad por encima de la elegancia, ocasión vamos a tener de descubrir en su prosa vibraciones líricas, descripciones ricas y atrayentes. Pero no adelantemos terreno.

Madrid en «La lucha por la vida»

Pasear por los suburbios de Madrid era, sin duda, un espectáculo desolador. El suelo sobre el que esta pobre gente vivía estaba formado por los restos de la población urbana:

> Aquella tierra formada por el aluvión diario de los vertederos (...) aquella tierra, cuyos únicos productos eran latas viejas de sardinas, conchas de ostras, peines rotos y cacharros desportillados; aquella tierra árida y negra, constituida por detritus de la civilización, es siempre estéril *(Aurora roja,* p. 443).

Sobre este suelo desolador se levantan las casas, ya en torno a un patio, ya aisladas y multiformes, como las chabolas del barrio de «hojalateros», que tan magistralmente nos describe Baroja:

> Era como una aldea levantada sobre estiércol y paja. Cada una de las casas, hechas con escombros y restos de todas las clases, tenía su corraliza, limitada por vallas de latas viejas, roñosas, extendidas y clavadas en los postes *(Mala hierba,* p. 374).

Aún hoy es posible encontrar, en evidente retroceso, este paisaje en algunos barrios de los alrededores de Madrid.

Un gran sector de la población vive en míseros habitáculos, en torno a un patio común. En el patio lavan y tienden la ropa las mujeres. El suelo está lleno de lodo en invierno y de volvo en verano. Los patios son madrigueras, donde nos encontramos a mujeres en camisa

acurrucadas y fumando el mismo cigarro, hombres medio desnudos sentados, basura y trastos viejos por doquier. La «Corrala del tío Rilo» era un microcosmos de gentes marginadas, y

> Allí se trabajaba, se holgaba, se bebía, se ayunaba, se moría de hambre; allí, se construían muebles, se fabricaban antigüedades, se zurcían bordados antiguos, se fabricaban buñuelos, se componían porcelanas rotas, se concertaban robos, se prostituían mujeres *(La busca,* página 53).

Y sabemos que Baroja no fantasea, como afirma Correa Calderón: «su visión de los bajos fondos de Madrid en el ciclo de *La lucha por la vida* es auténtica y vivida» (36).

En los míseros cubiles que se arraciman en torno al patio apenas hay muebles. Gran parte de la familia duerme en el suelo. Siempre hay algún vecino más próspero que goza de alguna escasa comodidad en su casa, como don Custodio.

El alimento es un lujo, y la familia se siente feliz si dispone de alguna verdura para cenar. La comida más habitual entre los que tienen algún ingreso seguro es el «cocido madrileño», rico en grasas, pero muy pobre en proteínas. Aún hoy es la comida habitual entre familias pobres en algunas regiones de España. Los mendigos, que no tienen casa propia, cuando disponen de algún dinero, pueden comer en las tabernas pedazos de bacalao, piltrafas picantes y gallinejas picantes.

La atención médica y los cuidados higiénicos no existen. Cuando alguien se pone enfermo ha de acudir a las «casas de socorro», instituciones de la beneficencia pública, donde los socorros y la atención dejan mucho que desear. La degeneración moral es más marcada que la degeneración física; sin embargo, el lector encuentra un amplio cuadro patológico entre este mundo de alcohólicos, prostitutas y mendigos. La procesión de mendigos atravesando el puente de Toledo, en busca de un menguado auxilio, produce una viva y desoladora impresión:

> Los hombres tienen caras hinchadas, de estúpida apariencia, narices inflamadas y bocas torcidas; viejas gordas y pesadas como ballenas melancólicas; viejezuelas esqueléticas de boca hundida y nariz de ave rapaz; mujeres jóvenes, flacas y extenuadas, desmelenadas y negras; y todas, viejas y jóvenes, envueltas en trajes raídos, remendados, zurcidos, y vueltos a remendar hasta no dejar una pulgada sin su remiendo *(La busca,* p. 57).

---

(36) G. Correa Calderón: «Introducción al costumbrismo», en *Escritores costumbristas,* Aguilar, Madrid, 1959, p. XLV.

Y no se difiere demasiado la forma de vestir de los mendigos de la de los otros habitantes de los suburbios madrileños. Para los niños ir calzados es un lujo impensable.

La ciudad vive de espaldas a la miseria del «cinturón rojo». Existe alguna organización benéfica; tal las piadosas mujeres de la «doctrina», los serios hombres de las «Conferencias de San Vicente», pero en ningún momento se acercan a la figura sublime de la caridad: Guillermina Pacheco, que Galdós nos presenta en *Fortunata y Jacinta*. No cabe achacarle toda la culpa de esta falta de compasión a la clase media urbana; es justo reconocer que gran parte del pueblo del suburbio vive en un estado de degeneración tal, que ha perdido todo deseo de lucha, trabajando —cuando lo hacen— de mala gana y buscando la «chapuza» o la ocupación ocasional. La mujer cose, vende verduras en la «Puerta de Moros»; incluso se ocupa en la noche como prostituta para conseguir algún dinero para la familia. El marido la trata violentamente, apaleándola, mientras los hijos se mueren de hambre. Muchos maridos dan menguadas cantidades de dinero a sus esposas y se pasan la mitad de la semana borrachos. Los niños desde los once años e incluso antes buscan «chapuzas», pequeños trabajos, y pronto se independizan para seguir el ejemplo de vida de sus padres. En este mundo desgarrado y multiforme hay una cosa que une a todos: la degradación, la miseria y la cólera. Las mujeres, sobre todo, están peleando constantemente, lamentándose y vociferando a la más mínima provocación.

Hay alguna excepción dentro de este panorama desolador. Tal don Custodio, que intenta elevarse sobre su condición, pretendiendo mantener cierta dignidad de clase media. Don Custodio se siente «madrileño», y como para cualquier habitante del Madrid actual, el Manzanares es un río tan serio como el Amazonas, y Madrid, el centro indiscutible de España. Vive en una chabola aseada con un pequeño jardín, en el que cultiva hortalizas. Cada día se siente más cerca del Madrid urbano, viviendo honradamente de su oficio de trapero. Educa a su única hija, Justa, en una atmósfera decente; pero, a pesar de los cuidados de don Custodio por su hija, ella es abandonada por el hombre al que amaba, tras haberle hecho éste contraer la sífilis. Justa acabará dedicándose a la prostitución.

Las prostitutas son una parte muy característica de estos barrios bajos. En *La lucha por la vida* el lector se encuentra con un crecido número de estas pobres mujeres: La Paloma, la Mella, la Engracia, la Goya, la Aragonesa..., algunas de las cuales comenzaron esta vida cuando apenas tenían trece años:

> Entre las filas de viejas había algunas chiquillas de trece o catorce años, monstruosas, deformes, con los ojos legañosos; una de ellas tenía la nariz carcomida completamente, y en su lugar un agujero como una llaga; otra era hidrocéfala, con el cuello muy delgado... *(La busca,* página 71).

A veces empiezan mucho antes de los trece años:

> Llevaba ocho años de buscona y tenía diecisiete. Se lamentaba de haber crecido, porque decía que de niña ganaba más *(La busca,* p. 151).

Algunos chulos de barrio se dedican a explotar a estas pobres mujeres y viven a su costa. El fin de estas mujeres es desolador, como la Violeta, que, a pesar de su parálisis, continúa «haciendo la vida». Dice:

> —...y lo que temo es el invierno porque me voy a morir en la calle.
> —¿Pero por qué no va usted a algún asilo?
> —Ya he estado, pero no se puede ir, porque esos granujas de golfos nos roban la comida. Ahora voy a San Ginés y gracias que en Madrid hay mucha caridad, sí, señor *(La busca).*

La Violeta, paralizada y ciega, tiene solamente treinta y dos años.

Los niños forman cuadrillas y hurtan; al principio, cosas de pequeña importancia, para ir gradualmente cometiendo robos más serios. Generalmente reciben enseñanza de un *golfo* de mayor edad, que se lleva una parte de lo hurtado, por su magisterio. Un ejemplo típico es el Bizco, un sádico, que tortura a todo aquel que es más débil que él sin la más mínima compasión. Vive, como muchos otros golfos, de las ganancias de las prostitutas, a las que, a cambio, protege. Es como un animal salvaje, y su limitado pensamiento solamente tiene un ideal: ser fuerte para satisfacer su hambre de brutalidad. Ocasionalmente vive con una —casi niña— de dieciséis años: Dolores (37). No acepta dinero de ella, pero después —en el colmo del sadismo— le quemará los dedos. El Bizco es sentenciado, por fin, a muerte tras haber asesinado a su «compañero». Baroja se pregunta por qué es condenado a muerte un hombre que «nunca se había preguntado por qué era odiado, por qué era perseguido. El había seguido el fatalismo de su manera de ser.» Homicida es, desde luego, pero como resultado de la depravada sociedad de Madrid. Condicionamiento social que Baroja se apresura a apuntar. Con todo, hay que distinguir, como apunta Rodríguez Rivas: «que Baroja distingue entre lo atroz extraordinario y lo atroz habitual y, por tanto, hábito admitido» (38).

---

(37) Nótese el simbolismo cristiano de los nombres: Dolores, Salvadora... etc.
(38) M. Rodríguez Rivas: «Madrid en Baroja», *Indice,* enero-febrero 1954.

La «golfería» y los «golfos» son algo consustancial a estos bajos fondos madrileños. Llevan una vida irresponsable. Trabajan si encuentran algún negocio, hurtan si se presenta la ocasión y siempre acaban juntándose en las tabernas a comentar el último «negocio» o a prepararlo. El lector tiene ocasión de visitar de la mano de Baroja las tabernas de Naranjeros, Esgrima, Blasa y muchas otras, en las que «mujeres feas, desgreñadas, vestidas con corpiños y faldas haraposas, sujetas a la cintura por cuerdas», beben vino con sus amigos los golfos. La vida en las tabernas se centra entre la pelea y el juego de cartas.

Muy frecuentemente los golfos viven estafando en las casas de juego, jugando con ventaja contra el miserable pueblo, que no puede resistir su pasión por el juego:

> Eran aquellos tipos de miseria y sordidez horrible; llevaban chaquetas rozadas, sombreros grasientos, pantalones con rodilleras, llenos de barro. En sus ojos brillaba la pasión del juego, y se les veía seguir la marcha de las jugadas, con los brazos cruzados sobre la espalda y el cuerpo echado hacia adelante, conteniendo la respiración (*La busca*, p. 71).

Vidal, un típico golfo, nos descubre la «filosofía» de este nivel de la sociedad:

> Creo que en el mundo hay dos castas de hombres: unos que viven bien y roban trabajo o dinero; otros que viven mal y son robados.

Estas palabras podrían haber sido pronunciadas por cualquier pícaro del siglo XVII. Ernest Boy afirma: «el pícaro de Cervantes, de Mateo Alemán, de Quevedo, ha sido reemplazado por el "golfo" de hoy» (39). He de decir que no me parece totalmente exacta la afirmación. La filosofía de Manuel, que no es sino trasunto del propio pensamiento de Baroja, deriva de la asidua lectura de «folletines» por Baroja, según Torrente Ballester (40). Lo que lleva a dividir la sociedad —tajantemente— en «buenos» y «malos», deteniéndose, sobre todo, en los malos, los estúpidos y los imbéciles.

Paseando por estos distritos de Madrid y viendo la depravación moral, el autor afirma: «había que destruir esta cochina humanidad», y exclama después, con emoción: «éste es el Madrid de mi tiempo».

---

(39) E. Boy: «La busca», en *The New York Nation*, Nueva York, 27 de diciembre de 1927.

(40) G. Torrente Ballester: *Op. cit.*, p. 128. Sería necesario insistir sobre la importancia sociológica del folletín o «folletón» por entregas. Bástenos aquí observar cómo algunos elementos característicos de la subliteratura pueden ser asimilados a la Literatura (con mayúscula). Esto nos pone en la pista de una interacción que debería ser estudiada.

Como dice Mariano Rodríguez Rivas: «(en las novelas de ambiente madrileño de Pío Baroja) apenas hay en ellas nada de descripción de nuestro paisaje urbano» (41). En esto difiere de Galdós. Madrid-ciudad aparece a lo lejos y en contraste con los barrios marginados:

> Se veía Madrid envuelto en una nube de polvo, con sus casas amarillentas. Las altas vidrieras relucían a la luz del sol poniente *(La busca,* p. 49).
>
> Se veía Madrid en lo alto, con su caserío largado y plano sobre la arboleda del canal. A la luz roja del sol poniente brillaban las ventanas con resplandor de brasa *(La busca,* p. 119).
>
> En lontananza se extendía Madrid, envuelto en el ambiente límpido y claro, bajo un sol de oro *(Mala hierba,* p. 534).

Parece como si Baroja no quisiera llevar al lector por las calles de Madrid, ciudad a espaldas de sus barrios bajos. No obstante —en alguna contada ocasión— se introduce en el Madrid urbano:

> Las luces de los escaparates brillaban resplandecientes en la atmósfera húmeda... las luces de los faroles y de las tiendas; todo esto daba una impresión de vida amplia y hermosa *(Aurora roja,* p. 555).

Con gran precisión nos describe el despertar de la calle de Mesonero Romanos, en pleno centro urbano:

> El sereno llamó con su chuzo en las tiendas, pasaron uno o dos panaderos con la cesta a la cabeza, se abrió una tienda, luego otra, después un portal, echó una criada la basura a la acera, se oyó el vocear de un periódico. Poco después la calle entraba en movimiento *(La busca,* página 11).

También nos describe el vivo y abigarrado espectáculo de la calle del Espíritu Santo, el «reino» de las verduleras. No podía faltar, y no falta, un paseo, aunque breve, por el inolvidable Rastro madrileño. Y aun nos permite Baroja la delicada y solitaria visión del Madrid nevado:

> Madrid cubierto de nieve, estaba deshabitada; la plaza de Oriente tenía un aspecto irreal, de algo como una decoración de teatro; los reyes de piedra mostraban hermosos mantos blancos; la estatua del centro de la plaza se destacaba gallardamente sobre el cielo *(Mala hierba,* p. 291).

El pueblo urbano de Madrid y el de los suburbios coinciden en las verbenas y en los toros. Baroja nos describe con precisión el ambiente de una verbena (la *kermesse* de la calle de la Pasión) en el

(41) RODRÍGUEZ RIVAS: *Op. cit.*

capítulo VII de la primera parte de *La busca*. El pueblo español es aficionado a los toros en todos sus niveles. Baroja no lo era; nótese cómo describe el ambiente de una tarde «de toros» en Madrid:

> En los alrededores de la plaza, el gentío se amontonaba; de los tranvías bajaban grupos de gentes que corrían hacia la puerta; los revendedores se abalanzaban sobre ellos voceando; brillaban entre la masa negra de la multitud, los cascos de los guardias a caballo. Del interior de la plaza, salió un vago rumor, como el de la marea (*La busca*, página 143).

Más adelante, en boca de Manuel, dice:

> En vez de una apoteosis sangrienta del valor y de la fuerza, veía una cosa mezquina y sucia, de cobardía y de intestinos; una fiesta en donde no se notaba más que el miedo del torero y la crueldad cobarde del público, recreándose en sentir la pulsación de aquel miedo (*La busca*, p. 172).

Creo que es interesante recordar aquí que a Galdós tampoco le gustaban los toros, solamente vio cuatro o cinco corridas en veintitantos años. Las consideraba como: «escuela constante y cátedra siempre abierta de barbarie, insolencia y crueldad».

Eran muy característicos en Madrid, por aquellos años, los merenderos, donde sus habitantes se reunían en las tardes domingueras, huyendo del calor. Aún quedan bastantes de estos merenderos —con las naturales transformaciones—, y la gente sigue acudiendo a compartir en grata familiaridad la tortilla de patatas. En uno de estos merenderos concluye trágicamente la vida de Vidal.

Lo visto hasta aquí sería suficiente para un lector que solamente ha buscado en *La lucha por la vida* una descripción externa —todo lo objetiva y vivida que se quiera— de los barrios bajos junto al Manzanares. Pero la conciencia del lector se rebela ante este estado de cosas; una protesta callada y un deseo de salvación se apoderan de él. En su trilogía, Baroja muestra cómo es posible la salvación individual al ir superando los problemas del ambiente. Para desarrollar claramente esta idea se sirve de tres personajes: Manuel, Roberto y Juan.

Manuel, en cierto modo, es un pícaro moderno. Su madre, viuda, tiene la ilusión de ver a sus dos hijos (Manuel y Juan) convertidos en sacerdotes, y espera la vida tranquila y confortable de «ama de cura». Manuel, desde su infancia, se enfrenta con la sociedad. Tiene un carácter débil, desorientado y carece de voluntad. La vida que se desenvuelve en su torno, ocasión hemos tenido de comprobarlo, es tan,

tan terriblemente cruel, que a veces se hace insufrible. Tras la muerte de su madre (muere trabajando, sin asistencia médica ni religiosa), Manuel se iniciará en la vida de «golfo», en la «compañía» del Bizco. Pero no se encuentra a gusto. Sus pensamientos le alejan de este mundo, aunque su debilidad de carácter le impida abandonarlo. Sin embargo Manuel, en los diversos estados de su vida marginada (zapatero, jugador con ventaja, criado, panadero, chulo...), va comprendiendo las leyes de la sociedad y en la medida de sus fuerzas, descubre lo que es la justicia universal. El afirma siempre que «la superioridad del hombre está en el talento y en la maña». La crueldad y el sadismo le disgustan; por eso sentía tanta animadversión hacia el Bizco. Su vida de golfo madrileño finaliza cuando emprende seriamente el negocio de la imprenta y se casa con Salvadora.

La Salvadora, hija de una prostituta, muestra —a las claras— cómo es posible salvarse, a pesar del origen. Baroja no creía en el determinismo físico de Zola. Esta mujer vivió siempre por encima de las gentes con las que habitaba, llena de altos ideales: el amor hacia su hermano pequeño, la delicadeza con los animales, su amor al trabajo y al ahorro. Manuel, que había comprado un pequeño taller de imprenta gracias a la ayuda económica de su amigo Roberto, por el trabajo consigue su autorrespeto y el de los demás, y gracias a su esfuerzo alcanza su «salvación».

Roberto es el carácter opuesto a Manuel. Piensa que la vida es cruel. El hombre es un egoísta y afirma, siempre, la injusticia de la vida (42). Es muy significativo que Roberto sea inglés (Pío Baroja pensaba —y lo dice varias veces en su trilogía— que el hombre del Norte poseía unos valores morales más altos que el español) (43). Roberto es un hombre con voluntad, que pone todas sus fuerzas en una lucha constante para triunfar. La vida es una empresa heroica, no romántica; por eso para él es desolador que el hombre no proteste y luche, doblegándose a su estado. No idealiza el mundo ni a las personas, pero no quiere decir esto que no admita la sincera emoción y el afecto. Lo que más horroriza a Roberto de los barrios bajos no es la depravación y degeneración de sus gentes, sino la falta de voluntad, que los hace vivir sin ningún estímulo por mejorar su situación. Piensa que el mejor gobierno para España sería una dictadura que legislara con justicia. Según él la sociedad es inmoral porque el individuo es inmoral, y el individuo es inmoral a causa de la so-

(42) El pesimismo de Manuel y de Roberto está enraizado en el pesimismo de Schopenhauer, autor muy leído por Baroja.

(43) Al igual que Galdós en *Fortunata y Jacinta*, Baroja presenta a algún español que desprecia a sus compatriotas, pero sin quedar claro si se trata de *pose* o de un verdadero sentimiento.

ciedad y a causa de su falta de voluntad. Roberto y Manuel destestan el castigo (44). Roberto y Manuel son caracteres complementarios, diametralmente opuestos, aunque al fin Roberto consigue impulsar a Manuel hacia la acción.

En *Aurora roja,* tercera parte de la trilogía, el lector tiene ocasión de encontrarse con el Madrid de los anarquistas.

Jesús, en otro tiempo golfo compañero de Manuel, representa el vago ideal de un hombre desencantado de la vida que sueña con un mundo feliz, en el que triunfe la igualdad de los hombres:

> No más odios, no más rencores. Ni jueces, ni polizontes, ni soldados, ni autoridad, ni patria. En las grandes praderas de la tierra, los hombres libres trabajan al sol. La ley del amor ha sustituido a la ley del deber, y el horizonte de la humanidad se ensancha cada vez más extenso, cada vez más azul... *(Mala hierba,* p. 380).

Los anarquistas de Madrid se esfuerzan en demostrar que ellos serán capaces de realizar el sueño de Jesús. Todo el movimiento anarquista madrileño se centra en torno a Juan, hermano de Manuel. Juan pierde la fe en Dios y decide abandonar la carrera sacerdotal porque su conciencia no le permite ese fraude. Sus aficiones artísticas le llevan a París, donde se dedica a perfeccionar sus aptitudes escultóricas, a la vez que trabaja en una fábrica, lo que le permite conocer la vida de los trabajadores. Cuando regresa a Madrid goza de gran estima como escultor, y su porvenir se ofrece venturoso; pero el terrible destino de las clases sociales bajas de Madrid será un revulsivo para su alma. Aunque artista, se siente indignado con los falsos artistas que consumen su vida en una seudobohemia improductiva. Estos artistas madrileños no difieren mucho de los europeos, y Baroja se esfuerza en hacer ver al lector la inutilidad de estos hombres que no producen nada aprovechable estéticamente, pero que pasan su vida intrigando y criticando (Bernardo, Alejo, Monzón...).

En estos círculos artísticos Juan es invitado a unirse al movimiento anarquista. La primera asociación anarquista se reúne en la taberna llamada «La Aurora», situada en el barrio de Areneros. Esta taberna es muy distinta de las que Manuel solía visitar en sus años de golfo. Tiene un aire intelectual y es confortable, con cierto tono de dignidad. Disgustado con los artistas, Juan se inclinará hacia el mundo de los obreros, a los que admira por su gran vitalidad. Los anarquistas tomarán el nombre de «Aurora Roja» y comenzarán a organizar la propaganda de su movimiento. Los libros de Kropotkine, Re-

(44) Baroja difiere completamente de Dostoievsky —con el que tiene puntos de afinidad en ocasiones—, ya que éste considera el castigo como una purificación.

clus y Juan Grave son distribuidos por Madrid. Juan no está demasiado interesado en la elaboración de un «manifiesto» anarquista; por eso sus ideas anarquistas tendrán un tono particular: pretende la libertad del hombre liberándolo de los poderes de la Iglesia y el Estado (45). Mientras tanto, sus compañeros pasan días y días discutiendo qué anarquismo sea el más conveniente para España. Los más inteligentes, Libertario y Maldonado, desarrollan con claridad sus teorías y proyectos prácticos en periódicos como *La Anarquía, El Libertario,* pero —aunque hay excepciones— la mayoría ansía la destrucción por la destrucción: «La revolución por la revolución, pa'divertirse.»

Las sesiones de los anarquistas son largas y excitantes. Muchos de estos hombres caen en la utopía de pensar que el hombre sería completamente feliz si no estuviera sometido a las actuales leyes injustas, trabajaría sin preocuparse del salario. Pronto comienzan a mezclarse ideas comunistas en las sesiones de los anarquistas; algunos, recogiendo las ideas de Saint-Simon, afirman: «Cada hombre deberá tener el número justo de bienes según sus necesidades.» Pero muchos, con acertada lógica, se preguntan: «¿Quién determinará las necesidades de cada trabajador?, ¿de qué modo recompensará la sociedad a los artistas, ingenieros, intelectuales?»

El éxito del anarquisto radical en Barcelona es muy admirado, y hombres como Ravachal, Vaillant, Enrique... serán idealizados. Con todo, solamente una pequeña parte de trabajadores es adicta al movimiento anarquista. La mayor parte del mundo obrero madrileño piensa en el socialismo, sin que esto coincida en otras regiones de España. Los representantes de ambos movimientos se acusarán mutuamente. Podemos afirmar que el anarquismo no llega demasiado lejos en Madrid.

Juan, en su lecho de muerte, sueña con la igualdad de los hombres y la justicia para todo el humilde y marginado pueblo de Madrid. No quiere que su último sueño sea interrumpido por el sacerdote que viene a administrarle los últimos sacramentos. Juan muere cuando sobre el cielo de Madrid comienza a aparecer la aurora roja de un nuevo día. El reflejo rojo del nuevo día daba sobre la cara de Juan, y cuando expira «el sol de una mañana de mayo, brillante como el oro, iba iluminando el cuarto» *(Aurora roja,* p. 586). Creo que es interesante recordar que Manuel había llegado a Madrid en un crepúsculo rojo, y su hermano Juan morirá en la hora crepuscular del alba.

El Madrid de Baroja es cruel. Una civilización que no hace nada

(45) César Barja identifica el anarquismo de Juan con el del propio Baroja, jamás identificado con los fanáticos puntos de vista de los anarquistas.

para redimir al pueblo humilde de los barrios bajos. Con todo, me atrevo a afirmar con César Barja, que Madrid está vista en muchos momentos con ojos de poeta:

> El sentimiento poético-lírico es muy vivo en sus novelas. La naturaleza constituye como un corolario de su instinto individualista, es la paz entre la lucha, la sencillez y la verdad en medio de la complicación y de la mentira. Trata el paisaje como parte integrante de la constitución moral y social de la vida española, como elemento de drama nacional (46).

El contraste entre los horrores de la vida y la serenidad de la naturaleza, de la miseria de los suburbios y la ciudad en lejanía producen una viva impresión. Solamente un poeta puede decir:

> Madrid envuelto en una nube de polvo, con sus casas amarillentas. Las altas vidrieras relucían a la luz del sol poniente *(La busca,* p. 49).

Quiero hacer notar el contraste que se observa entre el discurrir de la vida de cada día y la eterna naturaleza que es el contrapunto al triste desenvolverse de la vida. Cuando el lector se imagina visualmente la desoladora procesión de mendigos cruzando el puente de Toledo, al momento se da cuenta de que existe un orden y una paz más allá: «Desde allí surgía Madrid, muy llano, bajo el horizonte gris, por entre la gaza de aire polvoriento» *(La busca,* p. 59). Desde la cámara mortuoria de la madre de Manuel, que ha muerto sin los socorros de un sacerdote, se veía: «un cielo azul extendiéndose hasta el infinito».

El color dominante es el gris brumoso, pero el «rojo» es el color de los momentos decisivos de la obra, el que da el tono. Manuel llega a Madrid en una tarde, tarde en la que sobre Madrid se deshacía un crepúsculo rojo. Juan murió en una alborada roja, y cuando Manuel se incorpora por fin a la vida de Madrid —como trabajador «honrado»— es el rojo el color dominante:

> Se veía Madrid en lo alto, con su caserío alargado y plano, sobre la arboleda del canal. A la luz roja del sol poniente brillaban las ventanas con resplandor de brasa, destacándose muy cerca debajo de San Francisco el Grande, los rojos depósitos de la fábrica de gas (...) A un lado se erguía el observatorio, sobre un cerrillo, centelleando el sol en las ventanas; al otro el Guadarrama azul, con sus crestas blancas se recortaba en el cielo limpio y transparente, surcado por nubes rojas... *(La busca,* p. 119).

---

(46) CÉSAR BARJA: *Libros y autores contemporáneos,* Nueva York.

La naturaleza ofrece paz al pobre y marginado pueblo de los suburbios. Incluso en los momentos de más tensión, la naturaleza se muestra en contrapunto de quietud y belleza. Vidal, primo de Manuel, es asesinado por el Bizco en una plácida tarde de merendero madrileño, y cuando Manuel vuelve hacia Madrid, tras la desgracia:

> Se destacaba en el cielo azul, melancólico y dulce, surcado en el poniente por grandes fajas moradas y verdosas; las estrellas comenzaban a lucir y a parpadear con languidez; el río brillaba con reflejo de plata *(Mala hierba,* p. 352).

Don Alonso, tras capturar al asesino Bizco, muere en el camino hacia el hospital del Cerro del Pimiento, cuando la naturaleza comienza a revivir:

> El césped brillaba sobre las lomas; temblaban las hojas nuevas en los árboles; refulgían al sol las piedras en las calzadas, limpias por las lluvias recientes. Todo parecía nuevo y fresco, los colores y los sonidos; el brillo de los árboles y el piar de los pájaros; la hierba salpicada de margaritas blancas y amarillas, y las mariposas sobre los sembrados. Todo, hasta el sol. Todo, hasta el cielo azul, que acababa de brotar del caos de las nubes, tenía un aire de juventud y de frescura *(Aurora roja,* p. 502).

Esta naturaleza apacible y bella, sosegada y lejana, hace que se nos antoje cruel y despiadada la presencia del hombre sufriente, de lo feo, del dolor en un «marco externo» que viene a decirnos todo lo contrario. Nos hace sentir la soledad del hombre sobre la tierra, más angustiosa por nacer de una posición dialéctica con respecto del «medio» en el que tiene que vivir, y más dolorosa por no ser voluntario, sino impuesto este desacuerdo. ¿Pretende don Pío hacernos ver el fracaso de la sociedad —en cuanto a elaboración humana— frente al equilibrio «ajeno al hombre» de la naturaleza? ¿No es, en el fondo, el fracaso de Madrid-ciudad en cuanto violentación del individuo, lo que quiere hacernos sentir Baroja?

De todos es sabido que la idea de ciudad se fundamenta en un acuerdo tácito entre los individuos que la forman, y la misma estructura de ésta supone la existencia de dos grandes grupos —con sus correspondientes niveles— de integrados y marginados. Baroja nos presenta en su novela el proceso de integración de Manuel, pero para el autor de *La lucha por la vida* no es ningún desenlace optimista (no se olvide que antes nos referíamos a este mismo fenómeno desde el punto de vista del lector, no del autor). Para mí tengo que la razón última de don Pío es el ataque al concepto de ciudad, y por ello ataque

a la estructura social. El retorno a la naturaleza —las praderas para el hombre libre— es una pura angustia en la pluma de Baroja, porque a él no se le oculta la imposibilidad de alterar el mecanismo urbano, lo que le hace resignarse a comprobar su desencanto en un fenómeno social llamado Madrid.

OLGA KATTAN
Brooklyn College of the City
University of New York
BROOKLYN, New York (USA)

NOTA.—Citamos siempre por la edición del Círculo de Lectores, edición íntegra realizada por cortesía de Julio Caro Baroja, Barcelona, 1968.